

## Breve historia del nacimiento del IVA



Archivo: Revista Gratis N ° 567 septiembre 2001

Por Maurice LAURÉ

Traducción del idioma francés,  
realizada por  
Rubén Vasco Martínez  
(Ver texto original adjunto)

### GÉNESIS DEL CONCEPTO

Esto fue hace ya treinta y cinco (35) años. Nuestra clase aún estaba lejos de haber completado la mitad de su curso actual.

Deseoso de actuar después de un largo cautiverio en Alemania, había ingresado, tres (3) años antes, gracias al camarada *Maurice Bourgès-Maunoury*, ministro de Presupuesto, en el gabinete de la rue de Rivoli. Allí me había convertido en una especie de fiscal permanente durante un tiempo, mientras los ministros pasaban. Yo había propiciado la creación de la Dirección General de Impuestos y fundado las brigadas polivalentes (lo cual hoy que me estremece...). *Poujade*<sup>1</sup> no estaba allí todavía, pero estaba pendiente de otros logros fiscales.

Mientras tanto, *Paul Delouvrier*, subdirector general de Impuestos, me descargó la tarea de intervenir en un seminario en el que había sido imprudente acceder a participar. Organizado por *Raoul Nordling*<sup>2</sup> (el cónsul sueco que había salvado a París de las llamas), este seminario fue sobre “*Impuestos y productividad*”.

No hay nada como tener que enseñar para entender una asignatura. Al descubrir lo que iba a poder decir, revisé las distintas partes de nuestro sistema tributario, desde una perspectiva de productividad, y finalmente lo encontré.

No pensé que tuviera que imaginar los incentivos más sustanciales para darles como bonificación a los emprendedores que se ajustaran a los índices de productividad establecidos de manera inteligente. Considero que deberíamos esforzarnos por garantizar que los impuestos no distorsionen los cálculos del precio de coste en comparación con lo que sucedería si no hubiera impuestos.

De hecho, pensaba que, si las autoridades fiscales tenían que recaudar un impuesto sobre una libra de carne, era mejor asegurarse de que, antes, esta carne se aumentara con el máximo de abundancia ... Nos damos la molestia, en nuestros días, de volver a este punto de vista simplista.

<sup>1</sup> **Nota del Traductor:** Al parecer se trata de Pierre Poujade (1920-2003), quien lideró el movimiento político *poujadismo* de derecha, para la defensa de los comerciantes y de los artistas.

<sup>2</sup> **Nota del Traductor:** Raoul Nordling, era de origen francés y como miembro de la Resistencia, en 1944, se encargó de persuadir al Gobernador Nazi Dietrich von Choltitz para que no destruyera París a pesar de las ordenes perentorias de su jefe Adolf Hitler. [www.abc.es](http://www.abc.es)

Por lo tanto, impulsado por la simplicidad, me centré en particular en estudiar el destino de las inversiones. De hecho, me dije a mí mismo, no es por diversión, sino para ahorrar tiempo y dinero, que invierte un emprendedor. Tiene que valer la pena, porque invertir es apartarnos, por el momento, de la producción que ya tenemos asignada, para fabricar una herramienta. Por lo tanto, esta herramienta debe ahorrar mucho tiempo para que el tiempo dedicado a su fabricación sea más que compensado ... La inversión es, por lo tanto, uno de los caminos reales hacia la productividad.

Sin embargo, en su momento, el impuesto a la producción afectó a las inversiones como si hubieran sido objetos de consumo final, adquiridos por los consumidores al momento de gastar sus ingresos y, en consecuencia, adecuados para someterlos al impuesto por quienes desean aprehender una parte de los ingresos de los ciudadanos.

Como buenos servidores del Estado, los juristas, que entonces dominaban -y me temo que esto no ha cambiado mucho- el desarrollo de la tributación, habían ideado una teoría maximalista de los bienes gravables con el impuesto sobre la producción: decidieron incluir inversiones. Las fábricas que deciden invertir, se decían, se benefician tanto como los demás de los servicios de la comunidad: los bienes que fabrican deben, por tanto, estar sujetos a los mismos impuestos que los bienes producidos por las otras empresas.

En nombre de esta teoría, las autoridades fiscales se esforzaron -causando aún más daño a los sujetos pasivos- para perseguir las inversiones a gravar. No hay, de hecho, mejores inversiones que aquellas inversiones muy visibles que uno compra a los demás: también están las que uno mismo hace: herramientas para máquina-herramienta, máquinas caseras ...

Por lo tanto, era necesario calcular en tal caso el valor de la inversión, aunque no aparecía en una transacción. Una costurera que cortara un "patrón" de papel en teoría debería haber aislado el costo del papel y el tiempo dedicado a cortarlo para aplicarle específicamente el impuesto a la producción, como si fuera un vestido adicional.

No faltaron los gravámenes a las consistentes y masivas inversiones. También hubo otros casos más sutiles. Por ejemplo, ¿deberíamos considerar un electrodo de grafito, en un horno electrometalúrgico, como una inversión, ya que se usaba para transportar corriente, o como una materia prima, ya que se derritió en servicio y se incorporó al producto terminado? Al igual que Salomón, las autoridades fiscales habían *cortado la pera a la mitad* al construir la teoría sobre los "*productos de consumo rápido*" en consideración de que los electrodos estaban gravados a la mitad como inversiones. Ahora, paso a mostrar uno de los mejores ejemplos, como es la teoría de "*productos que pierden su calidad específica con el primer uso*" (líquidos a decantar, por ejemplo).

Aunque yo también era un maximalista en mi tiempo libre, tenía un razonamiento diferente al respecto.

¿Por qué, pensaba para mí, aislamos, entre todos los procesos susceptibles de ser seguidos para la fabricación de un objeto, aquellos en los que, por razones de eficiencia, nos tomamos el tiempo para apartarnos del objetivo final de producción para producir una herramienta que luego permita compensar un poco más que el tiempo invertido en desarrollarla? Esto está penalizando sistemáticamente la productividad ... Y como el impuesto a la producción era del 15,35%; en la práctica, no estaba prohibiendo (por su inviabilidad) todas las inversiones que rindieran menos del 15,35% de la mano de obra (y hasta un poco más, por el margen de seguridad que siempre se debe tomar antes de asumir un riesgo).

La lógica de esta reflexión me atrajo tanto más cuanto que la exención de inversión habría simplificado considerablemente la aplicación del impuesto a la producción: en lugar de seleccionar qué deducir, y en lugar de mirar las inversiones colaterales creadas por la empresa y determinar sujetos ficticios de reintegración, hubiera bastado, a partir de ahora, con permitir deducirlo o descontarlo todo ...

Era demasiado bueno para ser verdad, y tuve que mirarlo dos veces, porque las inversiones intervienen en promedio por más del 15% en el valor de la producción industrial, por lo que mi sugerencia productiva-simplificadora involucró el 15% del rendimiento fiscal más productivos de nuestro sistema fiscal.

Por lo tanto, me propuse explicar mi teoría mediante el cálculo y construí un diagrama simplificado de la formación de los precios a partir de los costos dentro del ciclo de la producción. Mi objetivo era saber cuál era el sistema de impuestos indirectos que daría lugar a precios *homotéticos*<sup>3</sup> de los que existirían en ausencia de impuestos: ¿el sistema sin deducción del impuesto sobre las inversiones? o ¿el sistema con deducción del impuesto sobre las inversiones?

Tuve la satisfacción de ver que la respuesta consistía en el sistema con deducción del impuesto sobre las inversiones y resolví hacer campaña por la reforma que imaginaba.

Abro aquí un paréntesis para decir que nunca pude comunicar a otros economistas las razones fundamentales que me llevaron a la convicción de querer atacarme por una reforma que haría perder al Estado -salvo en la subida de tasas- el 6% de sus ingresos. Siempre que quería explicar a los economistas de formación jurídica mi cálculo simple, pero que requería un poco de manejo matemático de los símbolos, no me hacía entender.

---

<sup>3</sup> **Nota del traductor:** *Homotético*=Perteneiente o relativo a la *homotecia*, la que, a su vez, se refiere a un concepto geométrico relativo a la transformación del plano o del espacio, en la que los puntos correspondientes se alinean con un punto fijo y la razón entre sus distancias a este punto es constante.

Cada vez que, a la inversa, quería exponerlo a economistas de formación matemática, me encontraba con economémetros que seguían queriendo que usara sus curvas y sus coeficientes de elasticidad. Donde, de hecho, había razonado utilizando funciones que analicé mediante un desarrollo lineal cuyos coeficientes eran derivadas parciales, mis interlocutores quisieron obligarme a razonar del modo más complejo.

Tuve la suerte de razonar “*en igualdad de condiciones*”, como los buenos viejos economistas. Esto ya no es posible, en la era de los modelos y las computadoras: debemos razonar que “*nada es igual en otros lugares*”. Mediante el cual, transportamos a un futuro que debe ser nuevo y único, los viejos hábitos de los que están impregnados los modelos ...

Cierro mi paréntesis para decir que, por falta de justificaciones comunicables, ofrezco mis disculpas. Describí, por ejemplo, el caso de una empresa al estilo de *Robinson Crusoe* a veces con inversión, a veces sin inversión, desde la producción útil para su supervivencia, y describí lo que sucedería si según una divinidad se requeriría de la empresa tipo Robinson Crusoe para someterla a un gravamen establecido sobre el producto terminado o, por el contrario, un tributo sobre la inversión ...

## GIROS Y VUELTAS POLÍTICO-ADMINISTRATIVAS

Realmente necesitaba ofrecer mis disculpas. De hecho, el Departamento de Legislación de la Dirección General de Impuestos inmediatamente tomó partido en contra de mi sugerencia, por la buena razón de que, en comparación con el sistema existente, introduce una gran reducción ... las autoridades fiscales odian las reducciones de la carga tributaria, pues, la naturaleza aborrece el vacío.

Entonces tuve que salir al exterior ... Una de las oportunidades que se me abrieron fue trabajar en la *Comisaría de Productividad*, que, al igual que la *Comisaría del Plan*, funcionaba a través de comisiones: me convertí en ponente de la “*Comisión de Tributación*” de esta Comisaría. También intenté hacer interesar a la Universidad en mis teorías.

Sin embargo, como mis funciones me habían dado a conocer al profesor *Henry Laufenburger*,<sup>4</sup> debido a que su profesión le permitía dar asesorías tributarias, lo persuadí para que presidiera una tesis de derecho que dedicaría a mi nueva forma de tributación, que había elegido para denominarla la “*Taxe Sur le Valeur Ajoutée*” (Impuesto al Valor Agregado).

---

<sup>4</sup> **Nota del traductor:** *Henry Laufenburger*: (1897-1964). Economista francés especializado en ciencias financieras en asuntos de Alemania. Una de sus principales obras fue: *Intervención del Estado en la Vida Económica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1945.

Es así como obtuve un entretiempos, de seis (6) meses antes de las votaciones para la reforma, una lotería para una patente de invención del IVA (sin derecho a regalías, lamentablemente).

Incluso fui galardonado por la facultad de derecho de París. Sin embargo, mi jurado de defensa había emitido una crítica a mi trabajo: criticaba por no haber acompañado mi trabajo con una bibliografía. Pero, *¿de dónde diablos iba a tener que conseguir una bibliografía para apoyar los argumentos de mi propia invención?*

Incluso mejor que la Universidad, aproveché las oportunidades para interesar a los sindicatos de empleadores en mis teorías. A decir verdad, el impuesto a la producción no era el centro de las preocupaciones fiscales de los empresarios, porque las empresas tenían en gran parte el sentimiento de traspasar este impuesto a los consumidores y preferían luchar por la conquista de las deducciones (provisiones o depreciaciones) en el impuesto sobre la renta. Sin embargo, muchas profesiones sufrieron, por la aplicación de nuevos procedimientos, y por el recargo que establece el impuesto a la producción de las inversiones.

Seguidamente, cada profesión acudía a las oficinas de la *rue de Rivoli* para solicitar una excepción correspondiente a su caso concreto. Entonces tomé como regla, continuando, como de costumbre, rechazando las exenciones (o excepciones), para explicar que el mal del que los interesados se quejaban legítimamente era solo un aspecto particular de un defecto general, la doble imposición de las inversiones. Era imposible, dije, para salirse con la suya con miles de exenciones: se necesitaba una reforma general.

Cualquiera que fuera el escepticismo, bastante comprensible, de los practicantes frente a los teóricos, acabé siendo escuchado y comprendido, y ciertas federaciones de empresarios apoyaron mis tesis, que difundieron entre los parlamentarios e incluso algunos colaboraron, mediante la publicación de folletos.

Aún faltaba la presentación de un proyecto de ley, es decir, convencer al Ministro de Hacienda. Este tenía muchos otros asuntos que atender antes que decidirse a impulsar una reforma tributaria basada íntegramente en la exención de una categoría importante de bienes industriales (...). Es ahí donde aparecer y me sirve la casualidad (yo la ayudé, es cierto, manifestándome en todas las direcciones posibles).

La reforma fiscal estaba en la agenda (¡ya!). El impuesto a la producción, en particular, comenzaba a convertirse en el blanco de las críticas del mundo de la producción. Un industrial, *M. Schueller*, el fundador de L'Oréal, estaba haciendo campaña por un impuesto a la energía, que habría reemplazado a todas las demás formas de impuestos. Por mi parte, estaba haciendo campaña por el IVA. Ocurrió que *M. Schueller* y yo nos turnábamos en ciertos juegos de oratoria, en París o en las provincias, donde nos invitaban a participar como si fuéramos un conjunto de artistas.

Recuerdo en particular una noche, en la Cámara de Comercio de Limoges, donde acababa de defender el IVA y donde M. Schueller elogiaba los méritos del impuesto a la energía. Será maravilloso, decía: no solo no habrá más impuestos sobre la renta, sino que también se ahorrará energía; *todos irán en 2 CV (...)*.<sup>5</sup>

Acto seguido, después de un aplauso uniformemente distribuido, la reunión había terminado. Tomando mi maleta en la mano para caminar hacia la estación, me crucé, a la salida, con M. Schueller que se subía a una especie de Rolls-Royce (...). Era un hombre excepcional, con quien trabé una especie de complicidad, esa que nace entre adversarios políticos, que terminaron por atarnos.

La reforma tributaria, por tanto, estaba en la agenda, y M. Antoine Pinay,<sup>6</sup> que acababa de estabilizar el franco, lo hizo en materia tributaria como muchos de sus antecesores: creó una comisión, de la cual entregó la presidencia a M. Lorient, presidente de la Sección de Finanzas del Consejo de Estado.

Esta comisión se comprometió a escuchar: federaciones profesionales, centros de trabajadores, administraciones y todos los que se manifestaban en materia tributaria. Por supuesto, también a M. Schueller, por el impuesto a la energía. Luego, llegó mi turno, pero no dependía de la Dirección General de Tributos, ya que, en todos sus aspectos, repudiaban mis tesis: era como ponente de la Comisión de Tributación de la Comisaría de Productividad.

Por lo tanto, defendí ante *M. Lorient* la adopción de un impuesto al valor agregado. Cuando hubie terminado, el presidente Lorient, quien sabía que yo pertenecía a la Dirección General de Tributos, se dirigió al Director General, *Pierre Allix*, quien, por función, asistía a todas las audiencias y le decía:

*“Veamos: Señor Director General, no entiendo: aquí está el señor Lauré, que pertenece a su Dirección General y que está a favor del IVA; sin embargo, escuché antes a su Jefe del Departamento de Legislación, que habló en contra del IVA. Entonces, ¿Cuál es la posición de la Dirección General Tributaria?”*

Pierre Allix se tomó un buen minuto de reflexión y finalmente dijo: *“La Dirección General de Impuestos apoya el IVA”*. Por lo cual, solo tuve un apoyo, en la DGI, pero fue grande (...).

---

<sup>5</sup> **Nota del traductor:** *“Ir en 2 CV”*, corresponde a una expresión coloquial, en referencia al Citroën 2 CV (2 caballos a vapor), que en este caso puede significar “ir muy bien” (por lo maniobrable del vehículo de esa época). Ver: <https://periodismodelmotor.com/historia-del-citroen-2cv/205740/>

<sup>6</sup> **Nota del traductor:** *Antoine Pinay* (1891-1994). Fue un político francés, uno de los dirigentes del Centro Nacional de Independientes (CNI, ampliado en 1951 a Centro Nacional de Independientes y Campesinos), pequeña formación fundada en julio de 1948 que ocupó algunos puestos de responsabilidad en la IV República. Entre 1948 y 1949 sirvió como secretario de Estado de Asuntos Económicos en el primer gobierno de Henri Queuille, además de muchos otros cargos gubernamentales. [www.biografiasyvidas.com](http://www.biografiasyvidas.com)

A partir de entonces las cosas siguieron su curso. El presidente *Loriot* incluyó la introducción del IVA entre las conclusiones del comité. *Pierre Abelin*, secretario de Estado de Finanzas, se interesó por la propuesta y la convirtió en un proyecto de ley. Lamentablemente, el Gobierno al que pertenecía el *M. Pinay* tenía entonces demasiados meses de existencia para seguir siendo sólido y jugar su suerte en una reforma tributaria, y el proyecto fue rechazado.

Afortunadamente, la llegada de un nuevo gobierno fue una oportunidad para volver a encarrilar la reforma tributaria. La suerte intervino por segunda vez: la estabilización de *M. Pinay* había engendrado una cierta recesión, contra la que el gobierno quería reaccionar. Por lo cual *M. Edgar Faure*, Ministro de Finanzas, estaba buscando medidas de estímulo y recurrió a la exención de inversiones.

Sin embargo, hombre de compromiso si alguna vez lo hubo, no optó por reformar completamente el impuesto, como hubiera sido el caso de instituir el IVA. Optó por una exención temporal de las inversiones del impuesto a la producción, hasta solo la mitad del monto del impuesto.

Luego se presentó un fenómeno que he visto repetirse, en otros casos, por la aplicación de *medias tintas*: en lugar de apresurarse en esta media exención e invertir, las empresas, que sabían que había un IVA en el aire, dejaron de invertir, esperando la otra mitad. Era necesario pasar por la totalidad de la deducción, siempre de forma provisional por supuesto.

“Fue entonces cuando el Secretario de Estado de Presupuesto, *M. Henri Ulver*, firme partidario del IVA, me pidió que elaborara un texto que instituyera esta reforma, con el fin de incluirla en la Ley de Hacienda de 1953. Todo marchaba bien y lo único que faltaba era enviar el proyecto de ley a la Imprenta Nacional, lo que implicaba, por regla general, la autorización del propio ministro de Hacienda, de quien dependía el Secretario de Estado para el Presupuesto.

En lugar de una autorización, fue una denegación, cuyo origen se atribuyó al hecho de que el Ministro tenía como director de gabinete a un eminente perito fiscal, lamentablemente imbuido de las tradiciones de los servicios de la Dirección General de Impuestos.

Eran las once de la noche (11 p.m.) y la Imprenta Nacional estaba esperando. Fue entonces cuando *M. Henri Ulver*, que pertenecía al grupo gaullista, fundamental para la formación de las mayorías a favor del ejecutivo en la Asamblea Nacional, decidió poner en juego la cartera ministerial para lograr la inclusión del IVA en la ley de finanzas. El presidente del Consejo de Ministros, *M. Joseph Laniel*, consultado sobre la hora, recibió al ministro y a su secretario de Estado. Sin mucho dudar, en la reunión se decidió, si no va el IVA, tampoco habrá el mantenimiento de las mayorías ... y así se pudo enviar el texto a la Imprenta Nacional, para luego ser depositado de nuevo en la Asamblea Nacional”.

No me extenderé sobre las vicisitudes de la votación del proyecto de ley en la Asamblea Nacional. Durante días y noches, como era costumbre, seguí paso a paso, en comisión, en sesiones públicas y en debates privados, la votación del proyecto.

Bajo la IV República, estábamos lejos de tener mayorías para la aprobación de leyes, y tuve que hacer muchas concesiones, que luego aparecieron como verrugas en el sistema. En la mayoría de los debates, no era la lógica lo que estaba en el centro de atención. Así fue como me sirvió mucho el título del *“impuesto al valor agregado”* que había tomado de un sistema propuesto varios años antes por la Confederación General del Trabajo de Francia. Tuve la suerte de ver a varios oradores de izquierda subir a la tribuna para explicar que estaban a favor del IVA, pero con la excepción de la deducción de inversiones.

Esto, que fue sin embargo la clave de la reforma, no tuvo el apoyo de un gran número de oradores: escuché a oradores de derecha atacarlo ... Las inversiones son, obviamente, un tema electoral menos apetitoso que los espárragos en manojo (de Vaucluse) o las sardinas enlatadas (bretonas), temas sobre los que luego escuché, durante las horas pasadas en los hemisiclos, desarrollos líricos.

De hecho, afortunadamente, los votos finalmente dependieron de la posición de algunos líderes. Entre los líderes a favor del IVA, estaba Pierre Mendès France, quien presidía el Comité de Finanzas de la Asamblea Nacional (primer ministro entre mayo de 1954 y febrero de 1955). Gerente por instinto, la exención de inversiones le parecía una buena forma de intervención en la economía (para mí, por el contrario, era el medio de respetar la formación natural de los precios, pero tuve cuidado de no insistir en ello. delante de él).

M. Mendès France, sin embargo, era un líder apasionado y algo puritano. Para él, estaban las buenas y las malas inversiones. *“¡Vamos señor Lauré, me dijo cuando me escuchó el Comité de Finanzas bajo su presidencia, vamos señor Lauré, usted no va a aplicar una tarifa cero a las máquinas de goma de mascar!”*, Le respondí, sí señor Presidente.

Si masticar chicle es un producto dañino, estaría feliz de que se gravaran con impuestos muy altos, o incluso que se prohibiera. Además, si es admisible que se fabrique la goma de mascar, entonces significa una pérdida de tiempo para la comunidad ponerse a establecer un sistema tributario que obstaculice las técnicas de producción de la mencionada goma de mascar.

De hecho, el tiempo que se esfuma no beneficia a nadie. Lo que se necesita, por el contrario, es fabricar la goma de mascar en el menor tiempo total posible, es decir, al menor costo, y luego establecer un alto impuesto al consumo de la goma de mascar: de ahí el tiempo que se ahorra en la fabricación de la goma de mascar. Se recuperará y beneficiará a la comunidad, en lugar de convertirse en humo.



No estoy seguro de haber convencido al presidente Mendès France, ya que es cierto que es difícil, en materia fiscal, silenciar las pasiones, en beneficio de un razonamiento objetivo. Afortunadamente, sin embargo, el presidente Mendès France encabezó la comisión que presidió para votar a favor del proyecto del IVA.

### **El IVA fuera de Francia**

Treinta y tres (33) años después de la votación sobre el IVA en el Parlamento francés, este impuesto se ha extendido. Resulta significativo que todos los demás países de la Comunidad Económica Europea hayan abandonado sus propios sistemas de impuestos indirectos para adoptar el sistema francés: los particularismos fiscales, sin embargo, están generalmente bien anclados. Pero se reconoció que en las fronteras como dentro de los territorios, el IVA era el único impuesto capaz de no alterar la realidad de los precios (...). El IVA ya existe prácticamente en todas las partes del mundo, y se aplica en treinta y cinco (35) países.

Sin embargo, no estoy seguro de que se haya comprendido correctamente la verdadera naturaleza del IVA. Muchos profesionales, políticos e incluso especialistas en impuestos imaginan que el IVA se basa en el valor añadido de cada empresa.

Es falso. El IVA se basa en el valor agregado de la Nación y las empresas sirven solo como recaudadores de impuestos, con la certeza de que no soportan el impuesto mientras el producto esté con ellas, siempre que lo recauden tan pronto como se desprendan de los bienes.

Por eso, además, se adaptan tan bien a esta forma de impuesto: se trata, a nivel de empresas, de un gravamen lateral para los movimientos de caja y por cuenta (o, más exactamente, a costa) de terceros. Este gravamen no es ajeno a un valor añadido a nivel de empresa, sino a un valor añadido en efectivo más que en derechos de propiedad (...) y, en cualquier caso, no es un impuesto a las empresas (aunque muchas veces así lo resaltan en los folletos que publican sobre los impuestos que ellas promueven y apoyan).

La incompreensión sobre la base real del IVA llegó a crear una ley: fue, en la década de 1970, la institución de la “*Serizette*” que era un impuesto que pretendía tener en cuenta el valor agregado de cada empresa. Este impuesto no se pudo aplicar y fue derogado. Hoy en día, las propuestas que tienden a reemplazar, a nivel de las comunidades locales, el impuesto profesional, por una tributación del valor agregado de las empresas participan en la misma ilusión. Estos intentos son el rescate del título exacto pero abstracto que le di a IVA al adoptar el nombre del proyecto de la Confederación General de Trabajadores de Francia.

Sería concebible, por supuesto, desarrollar una definición del valor añadido de cada empresa, un poco como una definición de beneficio neto. El total de las declaraciones equivaldría entonces, por definición, al valor agregado de la Nación. *¡Pero a costa de qué complejidades!* Es por esto que todos los intentos de implementar un impuesto al valor agregado determinándolo por la ruta aditiva (mientras nosotros practicamos la ruta sustractiva) han fracasado.

El más espectacular fue, en la década de 1950, incluso antes del IVA francés, el intento del profesor Carl Shoup de la Universidad de Columbia, a quien el Gobierno Federal había encargado de desarrollar un sistema de IVA para Japón: el profesor Shoup cumple su contrato y redacta una ley en la que el valor añadido se definió de forma aditiva. La Dieta japonesa aprobó esta ley ... pero nunca se aplicó y no se volvió a discutir una vez que Japón recuperó su independencia.

En el otoño de 1984, una delegación de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, y en el otoño de 1985 una misión del gobierno japonés viajó a París para estudiar el sistema de IVA francés, sin embargo, el gobierno de Beijing solicitó oficialmente, a este respecto, la asistencia de la DGI francesa.

**Nota:** Traducción libre realizada por

**Rubén Vasco Martínez**

Abogado-UGCA y Contador Público-U.Q.

Magíster en Derecho Tributario

Universidad Externado de Colombia



Armenia Quindío, abril 14 de 2021

## BIOGRAFÍA DE MAURICE LAURÉ



Nació en Marrakech, Marruecos, en 1917 y falleció en Francia en 2001. Egresado de la Escuela Politécnica (promoción de 1936) y la Escuela Nacional de Telecomunicaciones, Maurice Lauré inició su carrera en 1938 en la administración postal y en la empresa de Telégrafos y Teléfonos (PTT). Fue movilizado para hacer parte del ejército en 1939 y fue hecho prisionero en 1940. Se fugó, pero fue recapturado y no fue puesto en libertad hasta 1945, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial.

Ingresó en la Inspección General de Hacienda de Francia en diciembre de 1945. En 1952 fue nombrado subdirector de la Dirección General de Impuestos, una dirección que él había ayudado a crear. Continuó su carrera en el sector privado como ejecutivo empresarial.

Se desempeñó de manera notable como Director General (1968-1973) y luego Presidente (1973-1982) del Banco Société Générale con sede en Francia.

### Su obra:

Maurice Laur  es más conocido por haber inventado en 1954 *la TVA (Taxe sur le valeur Ajoutée)*, es decir, el IVA (impuesto al valor agregado), un impuesto indirecto sobre el consumo. Su idea fue rápidamente adoptada en Francia, luego por muchos otros países.

También ideó un plan para un impuesto a las importaciones de países intensivos en mano de obra, muy económico, conocido como el *“impuesto Laur ”*, cuyo principio aún es apoyado por algunos alterglobalistas. Laur , sin embargo, se distanció más tarde de esta idea.

Maurice Laur  ha escrito varios trabajos teóricos sobre fiscalidad. Citemos en particular su Tratado sobre Política fiscal (1955), Ayuda del IVA (1957), Ciencia fiscal (1993) y La Función Oculta del Dinero frente a las Cargas Impuestas a la Actividad Empresarial (1997).

*“En cuanto al IVA, hice mi tesis justo un año antes de que fuera votado, y sigo luchando siempre por este tributo. De hecho, aunque ha conquistado una gran parte del planeta, no logró entender porque (este impuesto), no puede ser admitido de manera más fácil que hace 35 años, ni pueden darse las condiciones que se deben cumplir para que siga siendo un impuesto de total imparcialidad en relación con todas las posibles modalidades de producción y comercialización”.*

*“Estaba convencido de que, al aceptar la transferencia a países de bajos salarios de gran parte de la producción destinada a países desarrollados, íbamos a llevar muy malos hábitos. Mi pronóstico resultó ser correcto: la explotación de mano de obra barata ha convertido a occidentales y japoneses en rentistas, algo bastante decadente”.*

Fuentes: [https://data.bnf.fr/fr/11911301/maurice\\_laure/](https://data.bnf.fr/fr/11911301/maurice_laure/)  
[http://www.annales.org/bicentenaire/docs\\_colloques/JEP\\_18\\_19\\_09\\_2010/grands\\_hommes.pdf](http://www.annales.org/bicentenaire/docs_colloques/JEP_18_19_09_2010/grands_hommes.pdf)

## Petite histoire de la naissance de la TVA

Dossier : Libres propos Magazine N°567 Septembre 2001 Par Maurice LAURÉ (36)



### **Genèse du concept**

C'était il y a trente-cinq (35) ans, déjà. Notre promo était encore loin d'avoir accompli la moitié de son parcours actuel.

Avide d'agir après une longue captivité en Allemagne, j'étais entré, trois ans auparavant, grâce au camarade Maurice Bourgès-Maunoury, ministre du Budget, au Cabinet de la rue de Rivoli. J'y étais devenu un certain temps une sorte de permanent fiscal, cependant que défilaient les ministres. J'avais suscité la création de la Direction générale des Impôts et fondé les brigades polyvalentes (horresco referens...). Poujade n'étant pas encore là, j'étais à l'affût d'autres réalisations fiscales.

C'est sur ces entrefaites que Paul Delouvrier, directeur général adjoint des Impôts, s'est déchargé sur moi du soin d'intervenir dans un séminaire auquel il avait eu l'imprudence d'accepter de participer. Organisé par Raoul Nordling (le consul de Suède qui avait sauvé Paris des flammes), ce séminaire avait pour sujet " Fiscalité et Productivité ".

Il n'y a rien de tel pour comprendre une matière que de devoir l'enseigner. Cherchant ce que j'allais bien pouvoir dire, j'ai passé en revue les diverses parties de notre système fiscal, sous l'angle de la productivité, et j'ai fini par trouver.

Je ne me suis pas cru obligé d'imaginer les incitations les plus succulentes à donner en prime aux entrepreneurs qui se conformeraient à des ratios de productivité, astucieusement fixés. Je me suis tout bêtement dit qu'il fallait s'efforcer de faire en sorte que la fiscalité ne fausse pas les calculs de prix de revient par rapport à ce qui se passerait s'il n'y avait pas d'impôts.

Je pensais en effet que, s'il fallait bien que le fisc prélève sa livre de chair, il valait mieux faire en sorte que, auparavant, cette chair se soit accrue avec le maximum d'exubérance... On se donne du mal, de nos jours, pour en revenir à ce point de vue simpliste.

Animé, donc, de simplisme, je me suis attaché en particulier à étudier le sort fait aux investissements. En effet, me disais-je, ce n'est pas pour le plaisir, mais pour économiser du temps et de l'argent, qu'un entrepreneur investit. Il faut bien que cela en vaille la peine, car investir c'est se détourner, dans l'immédiat, de la production que l'on s'est assignée, afin de fabriquer un outil. Il faut donc que cet outil fasse beaucoup gagner de temps pour que le temps passé à le fabriquer soit plus que rattrapé... L'investissement est donc l'une des voies royales de la productivité.

Or, à l'époque, la taxe à la production frappait les investissements comme s'ils avaient été des objets de consommation finale, acquis par les consommateurs pour dépenser leurs revenus, et, par conséquent, bons à imposer pour qui veut appréhender une partie du revenu des citoyens.

En bons serviteurs de l'État, les juristes, qui dominaient alors – et je crains que cela n'ait pas beaucoup changé – l'élaboration de la fiscalité, avaient conçu une théorie maximaliste des biens taxables à la taxe à la production : ils y avaient inclus les investissements. Les usines qui produisent les investissements, disaient-ils, bénéficient autant que les autres des services de la collectivité : il faut donc que les biens qu'elles fabriquent soient frappés des mêmes impôts que les marchandises fabriquées par les autres usines.

Au nom de cette théorie, le fisc se donnait beaucoup de mal – et causait encore davantage de mal aux assujettis – afin de pourchasser les investissements à imposer. Il n'y a pas, en effet, comme investissements que les investissements bien visibles que l'on achète à autrui : il y a aussi ceux que l'on fabrique soi-même : les outillages pour machines-outils, les machines bricolées maison... Il fallait donc calculer en pareil cas la valeur de l'investissement, bien qu'elle ne soit pas apparue dans une transaction. Une couturière qui taillait un " patron " dans du papier aurait théoriquement dû isoler le coût du papier et le temps passé à le tailler pour y appliquer spécialement la taxe à la production, comme si c'était une robe supplémentaire.

Il n'y avait pas, non plus, que les investissements consistants et massifs. Il y en avait de plus subtils. Par exemple fallait-il considérer une électrode en graphite, dans un four électrométallurgique, comme un investissement, puisqu'elle servait à véhiculer le courant, ou comme une matière première, puisqu'elle fondait en servant et s'incorporait au produit fini ? Tel Salomon, le fisc avait coupé la poire en deux en bâtissant la théorie des " produits de consommation rapide " en considération de laquelle les électrodes étaient taxées pour moitié en tant qu'investissements. J'en passe, et des meilleures, comme la théorie des " produits qui perdent leur qualité spécifique par le premier usage " (les liquides à décaper par exemple).

Bien que je fusse, moi aussi, maximaliste à mes heures, je me tenais un raisonnement différent.

Pourquoi, me disais-je, isole-t-on, parmi tous les processus capables d'être suivis pour la fabrication d'un objet, ceux d'entre eux dans lesquels on prend, pour des raisons d'efficacité, le temps de se détourner de l'objectif final de la production afin de réaliser un outil qui permet, ensuite, de rattraper davantage que le temps passé à l'élaborer ? C'est pénaliser systématiquement la productivité... Et puisque la taxe à la production avait pour taux 15,35 %, c'était interdire tous les investissements qui économisaient moins que 15,35 % de travail (et même davantage, en raison de la marge de sécurité qu'il faut toujours prendre avant d'assumer un risque).

La logique de cette réflexion m'attirait d'autant plus que l'exonération des investissements aurait considérablement simplifié l'application de la taxe à la production : au lieu de sélectionner ce qu'il fallait déduire, et au lieu de rechercher, du côté des investissements créés par l'entreprise, des sujets fictifs de réintégration, il aurait suffi, désormais, de tout déduire...

C'était trop beau pour être vrai, et il fallait que j'y regarde à deux fois, car les investissements interviennent en moyenne pour plus de 15 % dans la valeur de la production industrielle, de telle sorte que ma suggestion productivo-simplificatrice mettait en cause 15 % du rendement de l'impôt le plus productif de notre système fiscal.

Je me suis donc obligé à me contrôler moi-même par le calcul, et je me suis bâti un schéma simplifié de la formation des prix de revient dans le cycle de la fabrication.

Mon objectif était de savoir quel était le système de taxe indirecte qui conduirait à des prix homothétiques de ceux qui existeraient en l'absence d'impôt : le système sans déduction des investissements, ou le système avec déduction des investissements ? J'eus la satisfaction de constater que c'était le système avec déduction des investissements, et je pris la résolution de faire campagne pour la réforme que j'entrevois.

J'ouvre ici une parenthèse pour dire que je n'ai jamais pu communiquer à d'autres économistes les raisons fondamentales qui ont fait ma conviction pour m'attaquer à une réforme qui ferait perdre à l'État – sauf relèvement des taux – 6 % de ses recettes. Chaque fois que j'ai voulu exposer à des économistes de formation juridique mon calcul simple, mais qui exigeait le maniement un peu mathématique de symboles, je n'ai pas été compris.

Chaque fois, inversement, que j'ai voulu l'exposer à des économistes de formation mathématique, je tombais sur des économètres qui n'avaient de cesse que de vouloir me faire utiliser leurs courbes et leurs coefficients d'élasticité. Là où, en fait, j'avais raisonné à l'aide de fonctions que j'analysais par un développement linéaire dont les coefficients étaient des dérivées partielles, mes interlocuteurs voulaient m'obliger à raisonner dans le cas le plus complexe.

J'avais eu la bonne fortune de raisonner " toutes choses égales d'ailleurs ", comme les bons vieux économistes. Ce n'est plus possible, à l'ère des modèles et de l'informatique : on se doit de raisonner " aucune chose n'étant égale par ailleurs ". Moyennant quoi on transporte dans un futur qui devrait être neuf et unique les vieilles habitudes dont sont imprégnés les modèles...

Je referme ma parenthèse pour dire que, faute de justifications communicables, j'ai utilisé des apologues. Je décrivais, par exemple, le cas d'un Robinson Crusoe entreprenant tantôt avec investissement, tantôt sans investissement, des fabrications utiles à sa survie, et je décrivais ce qui se passerait selon qu'une divinité exigerait de Robinson un prélèvement établi sur le produit fini ou, au contraire, sur l'investissement...

### **Péripéties politico-administratives**

J'avais bien besoin d'apologues. En effet, le Service de la législation de la Direction générale des impôts avait immédiatement pris parti contre ma suggestion, pour la bonne raison que, par rapport au système existant, j'introduisais un énorme dégrèvement... le fisc a horreur du dégrèvement de la même manière que la nature a horreur du vide.

Il m'a donc fallu passer par l'extérieur... L'une des voies qui s'ouvraient était le commissariat à la Productivité, qui, à l'image du commissariat au Plan, fonctionnait au moyen de commissions : je devins rapporteur de la commission " Fiscalité " de ce Commissariat. Je tâchai aussi d'intéresser l'Université à mes théories. Comme mes fonctions m'avaient fait connaître le professeur Henry Laufenburger, car sa profession l'autorisait à donner des consultations fiscales, je le persuadai de présider une thèse de droit que je consacrerai à ma nouvelle forme d'impôt, que j'avais choisi d'appeler " taxe sur la valeur ajoutée ".

Et c'est ainsi que j'ai obtenu, par ma soutenance, six mois avant le vote de la réforme, une sorte de brevet d'invention de la TVA (sans droit à royalties, malheureusement). Je fus même fait lauréat de la faculté de Droit de Paris. Mon jury de soutenance avait cependant émis une critique à l'égard de mon travail : il me reprochait de ne pas avoir accompagné mon ouvrage d'une bibliographie. Mais où diable serais-je allé prendre une bibliographie, pour appuyer des raisonnements de ma propre invention ?

Encore mieux que l'Université, je sautais sur les occasions d'intéresser les syndicats patronaux à mes théories. À vrai dire, la taxe à la production n'était pas le centre des préoccupations fiscales du patronat, car les entreprises avaient largement le sentiment de répercuter cet impôt sur les consommateurs et elles préféraient batailler pour la conquête de déductions (provisions ou amortissements) à l'impôt sur les bénéfices.

Toutefois nombreuses étaient les professions qui souffraient, pour l'application de procédés nouveaux, de la surtaxation que la taxe à la production infligeait aux investissements.

Chaque profession venait alors rue de Rivoli pour demander une exception correspondant à son cas spécifique. Je pris alors pour règle – en continuant, comme d'habitude, de refuser les exceptions – d'expliquer que le mal dont se plaignaient légitimement les intervenants n'était qu'un aspect particulier d'un défaut général, la double taxation des investissements, il était impossible, disais-je, de s'en tirer par des milliers d'exceptions : il fallait une réforme générale.

Quel que soit le scepticisme, bien compréhensible, des praticiens par rapport aux théoriciens, je finis par être entendu, et certaines fédérations patronales épousèrent mes thèses, qu'elles propageaient auprès des parlementaires et appuyèrent même, pour certains, par l'édition de brochures.

Encore fallait-il obtenir le dépôt d'un projet de loi, c'est-à-dire convaincre le ministre des Finances. Celui-ci avait bien d'autres chats à fouetter que de procéder à une réforme fiscale entièrement basée sur l'exonération d'une catégorie importante de biens industriels... C'est là que le hasard me servit (je l'aidais, il est vrai, en me manifestant dans tous les azimuts possibles).

La réforme fiscale était à l'ordre du jour (déjà !). La taxe à la production, en particulier, commençait à devenir la cible des critiques du monde de la production. Un industriel, M. Schueller, le fondateur de L'Oréal, faisait campagne pour un impôt sur l'énergie, qui aurait remplacé toutes les autres formes d'impôts. Pour ma part je faisais campagne pour la TVA. Il arrivait que M. Schueller et moi nous succédions dans certaines joutes oratoires, à Paris ou en province, où l'on nous faisait venir à la manière d'un plateau d'artistes.

Je me souviens en particulier d'un soir, à la Chambre de commerce de Limoges, où je venais de prôner la TVA et où M. Schueller avait ensuite vanté les mérites de l'impôt sur l'énergie. Ce sera merveilleux, disait-il: non seulement il n'y aura plus d'impôt sur le revenu, mais encore on économisera l'énergie; tout le monde roulera en 2 CV...

Là dessus, après des applaudissements équitablement répartis, la séance avait pris fin. Prenant ma valise à la main pour gagner à pied la gare, je croisai, à la sortie, M. Schueller qui montait dans une sorte de Rolls... C'était un excellent homme, auquel une sorte de complicité, comme il en naît entre adversaires politiques, a fini par me lier.

La réforme fiscale, donc, était à l'ordre du jour, et M. Antoine Pinay, qui venait de stabiliser le franc, a fait en matière fiscale comme beaucoup de ses prédécesseurs : il créa une commission, dont il donna la présidence à M. Lorient, président de la section des Finances au Conseil d'État.



Cette commission entreprit d'auditionner : les fédérations professionnelles, les centrales ouvrières, les administrations, et tous ceux qui se manifestaient en matière fiscale. Il y eut, bien entendu, M. Schueller, pour l'impôt sur l'énergie. Mon tour vint. Ce n'était pas au titre de la Direction générale des impôts, puisque celle-ci, de toutes ses fibres, répudiait mes thèses : c'était en tant que rapporteur de la Commission fiscalité du commissariat à la Productivité.

Je plaidai donc, devant M. Lorient, l'adoption d'une taxe sur la valeur ajoutée. Quand j'eus fini, le président Lorient, qui savait que j'appartenais à la Direction générale des impôts, se tourna vers le directeur général, Pierre Allix, qui, par fonction, assistait à toutes les auditions, et lui dit : " Voyons, Monsieur le directeur général, je ne comprends pas : voici M. Lauré, qui appartient à votre direction générale et qui est pour la TVA ; or j'ai entendu tout à l'heure votre chef du Service de la législation, qui est intervenu contre la TVA. Quelle est donc la position de la Direction générale des impôts ? ".

Pierre Allix prit une bonne minute de réflexion, et il dit finalement : " La Direction générale des impôts est pour la TVA ". Je n'avais qu'un soutien, à la DGI, mais il était de taille...

Dès lors les choses suivirent leur cours. Le président Lorient fit figurer l'instauration de la TVA parmi les conclusions de la commission. Pierre Abelin, secrétaire d'État aux Finances, s'intéressa à la proposition et en fit un projet de loi. Malheureusement, le Gouvernement auquel appartenait M. Pinay avait alors trop de mois d'existence pour être encore solide et pour jouer son sort sur une réforme fiscale, et le projet fut repoussé.

Fort heureusement, la venue d'un nouveau gouvernement fut l'occasion de remettre sur le chantier la réforme fiscale. La chance intervint une seconde fois : la stabilisation Pinay avait engendré une certaine récession, contre laquelle le gouvernement voulait réagir. M. Edgar Faure, ministre des Finances, cherchait des mesures de relance, et il se tourna vers l'exonération des investissements.

Toutefois, homme de compromis s'il en fut, il n'opta pas pour réformer carrément l'impôt, comme cela aurait été le cas en instituant la TVA. Il opta pour une exonération temporaire des investissements à la taxe à la production, et ce à hauteur de la moitié seulement de la taxe.

Il se produisit alors un phénomène que j'ai vu se répéter depuis dans d'autres cas d'application de demi-mesures : au lieu de se précipiter sur cette exonération de moitié et d'investir, les entreprises, qui savaient qu'il y avait de la TVA dans l'air, s'arrêtèrent d'investir, attendant l'autre moitié. Il fallut en passer par la totalité de la déduction, toujours à titre provisoire bien entendu.

Pour sortir de cette situation, le secrétaire d'État au Budget, M. Henri Ulver, chaud partisan de la TVA, me demanda de préparer un texte instituant cette réforme, afin de l'inclure dans la loi de Finances pour 1953. Tout allait bien, et il ne restait plus qu'à envoyer le projet de loi à l'Imprimerie nationale, ce qui impliquait, pour la bonne règle, l'autorisation du ministre des Finances lui-même.

Au lieu d'une autorisation, ce fut un refus dont j'attribue l'origine au fait que le Ministre avait pour directeur de Cabinet un éminent fiscaliste malheureusement imprégné des traditions des services de la Direction générale des impôts. Il était onze heures du soir, et l'Imprimerie nationale attendait. C'est alors que M. Henri Ulver, qui appartenait au groupe gaulliste, indispensable à la formation de la majorité, mit en jeu son appartenance au gouvernement à propos de l'inclusion de la TVA dans le projet de loi de Finances.

Le président du Conseil, M. Laniel, consulté sur l'heure, reçut le Ministre et son Secrétaire d'État. Il ne balançait pas et choisit, sinon la TVA, du moins le maintien de sa majorité... et c'est ainsi que je pus envoyer le texte à l'Imprimerie nationale et qu'il fut déposé, une nouvelle fois, sur le bureau de l'Assemblée. Je ne m'étendrais pas sur les péripéties du vote du projet de loi, à l'Assemblée nationale. Pendant des jours et des nuits, comme il était d'usage, je suivis pas à pas, en commission, en séance publique, en entretiens particuliers, le vote du projet.

Sous la quatrième république, l'on était loin de disposer de " godillots " pour le vote des lois, et je dus consentir bien des concessions, qui apparurent ensuite comme des verrues du système. Dans la plupart des débats, ce n'était pas la logique qui était à l'honneur. C'est ainsi que j'ai été beaucoup servi par le titre de " taxe sur la valeur ajoutée " que j'avais repris à un système proposé plusieurs années auparavant par la CGT. Cela me valut de voir un certain nombre d'orateurs de gauche monter à la tribune pour expliquer qu'ils étaient favorables à la TVA à l'exception de la déduction des investissements.

Celle-ci, qui était pourtant la clé de la réforme, n'avait pas la faveur d'un grand nombre d'orateurs : j'ai entendu des orateurs de droite l'attaquer... Les investissements sont évidemment un sujet électoral moins appétissant que les asperges en botte (du Vaucluse) ou les conserves de sardines (bretonnes), sujets sur lesquels j'entendis alors, au cours des heures passées dans les hémicycles, des développements lyriques.

En fait, heureusement, les votes dépendaient finalement de la position de quelques leaders. Parmi les leaders favorables à la TVA, l'un des moindres n'était pas Pierre Mendès France, qui présidait la Commission des finances de l'Assemblée nationale. Dirigiste par instinct, l'exonération des investissements lui paraissait une bonne forme d'intervention dans l'économie (pour moi, au contraire, c'était le moyen de respecter la formation naturelle des prix, mais je me gardais bien d'y insister devant lui).

M. Mendès France, cependant, était un dirigeant passionné et quelque peu puritain. Pour lui, il y avait les bons et les mauvais investissements. " Voyons, M. Lauré, me dit-il quand la Commission des finances m'auditionna sous sa présidence, voyons, M. Lauré, vous n'allez quand même pas détaxer les machines à fabriquer le chewing-gum ! " " Mais si, Monsieur le Président, lui répondis-je.

Si le chewing-gum est un produit nocif, je ne demande pas mieux qu'on le taxe très fort, voire qu'on l'interdise. Mais s'il est admis que l'on puisse fabriquer du chewing-gum, c'est une perte sèche pour la collectivité que d'établir un régime fiscal qui handicape les progrès techniques dans la fabrication du chewing-gum, et qui fasse perdre du temps.

En effet, le temps parti en fumée ne profite à personne. Ce qu'il faut, au contraire, c'est fabriquer le chewing-gum dans le moindre temps global possible, c'est-à-dire au moindre coût, puis mettre un gros impôt de consommation sur le chewing-gum : ainsi le temps gagné dans la fabrication du chewing-gum sera récupéré et profitera à la collectivité, au lieu de partir en fumée."

Je ne suis pas sûr d'avoir convaincu le président Mendès France, tant il est vrai qu'il est difficile, en matière fiscale, de faire taire les passions, au bénéfice de raisonnements objectifs. Heureusement, néanmoins, le président Mendès France entraîna la commission qu'il présidait à émettre un vote favorable au projet de TVA.

### **La TVA hors de France**

Trente-trois ans après le vote de la TVA par le Parlement français, cette taxe a essaimé.

Il est significatif que tous les autres pays de la Communauté européenne aient abandonné leurs propres systèmes de taxes indirectes pour adopter le système français : les particularismes fiscaux, pourtant, sont bien ancrés, en général. Mais il a été reconnu qu'aux frontières comme à l'intérieur des territoires, la TVA était le seul impôt capable de ne pas altérer la vérité des prix... La TVA existe maintenant pratiquement dans toutes les parties du monde, et elle est appliquée dans trente-cinq pays.

Je ne suis pas sûr, pour autant, que la véritable nature de la TVA ait été bien assimilée. Beaucoup de professionnels, d'hommes politiques, et même de fiscalistes s'imaginent que la TVA est assise sur la valeur ajoutée de chaque entreprise.

C'est faux. La TVA est assise sur la valeur ajoutée de la Nation et les entreprises servent seulement de percepteurs, avec la certitude qu'elles ne supportent pas l'impôt tant que le produit est chez elles, pourvu qu'elles le perçoivent dès qu'il les quitte.

C'est pourquoi, du reste, elles s'accrochent tellement bien de cette forme de taxe : c'est, au niveau des entreprises, un prélèvement latéral aux mouvements de trésorerie et pour le compte (ou, plus exactement, à la charge) de tiers. Ce prélèvement n'est pas sans rapport avec une valeur ajoutée au niveau de l'entreprise, mais une valeur ajoutée en trésorerie plutôt qu'en droits patrimoniaux... et de toute manière, ce n'est pas un impôt sur les entreprises (encore qu'elles s'en glorifient souvent dans les brochures qu'elles consacrent aux prélèvements fiscaux qu'elles supportent).

L'incompréhension sur la véritable assiette de la TVA est allée jusqu'à susciter une loi : ce fut, dans les années 1970, l'institution de la " Serizette " qui était un impôt prétendant prendre en considération la valeur ajoutée de chaque entreprise. Cet impôt n'a pas pu être appliqué, et il a été rapporté. De nos jours, les propositions qui tendent à remplacer, au niveau des collectivités locales, la taxe professionnelle par une imposition de la valeur ajoutée des entreprises participent de la même illusion. Ces tentatives sont la rançon de l'intitulé exact mais abstrait que j'ai donné à la TVA en adoptant la dénomination du projet de la CGT.

Il serait concevable, certes, d'élaborer une définition de la valeur ajoutée de chaque entreprise, un peu comme on a élaboré une définition du bénéfice net. Le total des déclarations égalerait alors, par définition, la valeur ajoutée de la Nation. Mais au prix de quelles complexités ! C'est pourquoi toutes les tentatives d'imposer la valeur ajoutée en déterminant celle-ci par la voie additive (alors que nous pratiquons la voie soustractive) ont échoué.

La plus spectaculaire a été, dans les années cinquante, avant même la TVA française, la tentative du professeur Carl Shoup de la Columbia University, que le Gouvernement fédéral avait chargé de mettre au point un système de TVA pour le Japon : le professeur Shoup remplit son contrat et rédigea une loi dans laquelle la valeur ajoutée était définie par voie additive. La Diète japonaise vota cette loi... mais elle ne fut jamais appliquée, et l'on n'en parla plus une fois que le Japon eut recouvré son indépendance.

À l'automne 1984, une délégation de la Chambre des représentants américains, et à l'automne 1985 une mission gouvernementale japonaise se sont rendues à Paris pour étudier le système français de TVA, cependant que le Gouvernement de Pékin a demandé officiellement, en cette matière, l'assistance de la DGI française.

Fuente:

<https://www.lajauneetlarouge.com/petite-histoire-de-la-naissance-de-la-tva/>

**LA JAUNE ET LA ROUGE : la revue des alumni de Polytechnique**